

CELCIT. Dramática Latinoamericana. 103

ANDAR SIN PENSAMIENTO

Jorge Huertas

*¡Quién pudiera agarrarte por la cola
magiafantasmanieblapoesía!*

*¡Acostarse contigo una vez sola
y después enterrar esta manía!*

¡Quién pudiera agarrarte por la cola!

Juan Gelman

PERSONAJES

Atilio

John. Ambos rondan los 50 años

Carmencita, 33 años, pero parece más joven

Ciudad de Buenos. Cementerio de la Chacarita, Sector F 17. Hermosa tarde de verano y largas hileras de tumbas al ras del piso. Flores naturales o de plástico, cruces de mármol, de madera, lápidas blancas y sus pequeños jardincitos. El sol roza los muros altos y suena el silbido del viento en las casuarinas.

John y Atilio, ambos de traje, charlan sentados en un banco de piedra frente a las tumbas.

Atilio es elegante y cuidado. John esmirriado, rubio y ojeroso, está desaliñado: corbata sin nudo, barba de días. Parece no haber dormido. Ambos estallan en una fuerte carcajada que quiebra el silencio del cementerio.

JOHN: ¡Qué mujer! ¡Qué mujer! Un monumento, una hembra para el infarto.

ATILIO: ¿Morocha?

JOHN: No. Pelirroja.

ATILIO: ¡Una pelirrojita! ¿Y el cuerpo?

JOHN: ¿Las piernas, las tetas...?

ATILIO: Sí, las tetas...

JOHN: Las piernas...

ATILIO: Eso. *(Entorna los ojos.)*

JOHN: Las piernas largas... derechas... *(Golpea el banco.)* ¡Así!

ATILIO: ¡Qué inglés hijo de puta!

JOHN: Irlandés.

ATILIO: Es lo mismo. Si yo tuviera tu apellido levantaría mujeres con plata: cementerio de la Recoleta, lagrimitas, cara de dolor y de allí a La Biela: champagne en la mesas de afuera, cerquita del Hotel Alvear. Pero con mi apellido... ¡Revagliatti!

ATILIO: Revagliatti suena a amante latino.

ATILIO: Pero sin un centavo.

JOHN: Yo tampoco tengo plata.

ATILIO: Pero con ese apellido, disimulás. Las piernas... estabas en las piernas...

JOHN: Los muslos nacen de unas caderas redondas, ¡mediterráneo puro!...

ATILIO: (*Ensoñado.*) "Los muslos se me escapaban como dos peces dormidos". 1

JOHN: ...y piernas que terminan en tobillos de porcelanas y... ¡tacos altos!

ATILIO: Las mujeres de tobillos finos son juncos. No caminan, se mecen. ¿Y la cintura?

JOHN: Cintura de pendeja, no. Te estoy hablando de una mujer-mujer.

ATILIO: Perfecto. No me gustan las cinturas de anoréxica. Las abrazás y se te escapan, se te van de entre los brazos. Seguí, seguí...

JOHN: No. Te tenés que ir.

ATILIO: ¡Las tetas! No me hablaste de las tetas. ¿Tipo duraznito o... bien redondas?

JOHN: Tetitas que tiemblan con la respiración.

ATILIO: ¿O esas bien llenas que parecen almohadas?

JOHN: Basta. Te tenés que ir.

ATILIO: ¿Le sacaste una cita?

JOHN: Sí.

ATILIO: Era hora. ¿Y donde se encuentran?

JOHN: Aquí.

ATILIO: ¿Qué ojos tiene? Yo tuve una mujer que tenía los ojos de mar.

JOHN: Azules.

ATILIO: No. Eran azules por la tarde, grises los días de lluvias, turquesa en primavera. Era el mar, el mar.

JOHN: Se acabó. Ahora te vas.

Pausa.

ATILIO: Imposible.

JOHN: No seas mal amigo.

ATILIO: Yo también estoy esperando una mujer.

JOHN: Lo decís para molestarme.

ATILIO: No, te juro.

JOHN: ¿Quién es?

ATILIO: Ah...

ATILIO: ¿La misma de la otra vez?

ATILIO: No sé.

JOHN: No te hagas el misterioso.

ATILIO: Bueno... sí.

JOHN: ¿Y para cuándo?

ATILIO: Yo no soy como vos. A mí me gusta ir lento, paso a paso. Como el vino.

JOHN: Yo agarro la botella del pico y me la tomo toda. No paro ni para respirar.

ATILIO: A mí la mujer me gusta saborearla de a sorbos, darla vuelta en la boca, sentir el aroma, el bouquet.

JOHN: ¿Y la mina viene acá?

ATILIO: A una de estas tumbas. No tengo identificada cuál.

JOHN: ¿Trae flores?

ATILIO: Las dos veces que la vi, no. Viene y habla en susurros.

JOHN: Le habla al finado.

ATILIO: Por supuesto.

JOHN: A lo mejor, reza.

ATILIO: No, no reza.

JOHN: ¿Viuda igual que la mía?

ATILIO: No sé. Es bastante jovencita.

JOHN: ¿Qué tiene que ver? En la vida hay todo tipo de desgracias. Puede haber enviudado joven. Y si no es viuda, también vale.

ATILIO: ¿Sí?

JOHN: Las mujeres están liberadas. ¿Sabés cómo meten los cuernos ahora?

ATILIO: No, cualquier mujer no quiero. Tiene que ser viuda. Si no me la conquisto afuera. Al fin y al cabo, yo vengo al cementerio para acompañarte a vos.

JOHN: ¿Me reprochás?

ATILIO: No. Pero al que se le ocurrió venir al cementerio fue a vos.

JOHN: ¿Ahora te molesta?

ATILIO: Usted es un maestro, Johnny. Sólo admiración. ¡Ja! Mirá que hemos ido a buscar mujeres a cada lugar...

JOHN: ¿Te acordás cuando sedujiste a la monja?

ATILIO: Una novicia.

JOHN: Te hacías el pecador arrepentido.

ATILIO: Arrepentido estaba después. Fue la primera vez que Carmencita me echó de casa.

JOHN: Vos también... sos un suicida. Escribís cartitas de amor y las dejás en tu casa.

ATILIO: *(Recuerda.)* Querida Liliana: "Menos tu vientre todo es oscuro, menos tu vientre claro y profundo..." ²

JOHN: Le escribías chanchadas.

ATILIO: ¿Cómo chanchadas?

JOHN: "Tu vientre" no está haciendo referencia a... a la...?

ATILIO: Es una poesía de Miguel Hernández.

JOHN: ¿Y ése quién es?

ATILIO: Miguel Hernández es una maravilla del mundo. Como las pirámides, como la muralla china.

JOHN: Carmencita te echo y la sacaste barata. Otra te asesina.

ATILIO: Es que estaba enamorado.

JOHN: Vos no sabés ser mujeriego, te enamorás. La hacés más difícil que un teorema. *(Saca una petaca del bolsillo y bebe.)*

ATILIO: Es de día y ya estás tomando.

JOHN: Me sacás de quicio, Atilio. No sabés disfrutar una mujer. A las mujeres hay que disfrutarlas como se disfrutaban las frutas, el agua tibia, el verano.

ATILIO: No sé, si es sólo el cuerpo a mí me falta algo. Me parece muy crudo.

JOHN: Ese es el gusto, Atilio. El instinto puro, el despojo, el animal desolado en su instante de paraíso. *(Sigue tomando.)*

ATILIO: No bebas más. Mirá como estás vestido. Parecés un croto. Así no atraes a nadie.

JOHN: A mí la joda me gusta hasta reventar.

ATILIO: Ni afeitado estás.

JOHN: La vida no tienen solución, Atilio. Y vos siempre la estás buscando. No sos un romántico, sos hambriento.

ATILIO: Y vos un espantapájaro. Estás esperando una mujer y mirá lo que pareces.

JOHN: Tirame la moral abajo, dale.

ATILIO: Después te quejás.

Pequeña pausa. John saca algo de su bolsillo.

JOHN: ¡Mirá!

ATILIO: ¿Qué es?

John despliega un triángulito de tela roja. Es una bombacha diminuta y sugestiva.

JOHN: ¡Lencería erótica!

ATILIO: Guardá eso. Me da taquicardia.

JOHN: ¿Y a mí? Me late el párpado.

ATILIO: ¿Para qué la trajiste?

JOHN: Si hoy ella me dice que sí, se la hago poner.

ATILIO: ¿Y el corpiñito de encaje?

JOHN: ¡No, no!

ATILIO: “¡Frutas colgantes! Frutas que incitan a la rapiña”.³

JOHN: Eso mismo. Para mí, los pechos al aire y la bombachita puesta. ¿Y vos?

ATILIO: ¿Yo... qué?

JOHN: ¿Trajiste algo para conquistarla... o para después?

ATILIO: No.

JOHN: Mirame.

ATILIO: No, en serio.

JOHN: Vamos...

ATILIO: Bueno, sí.

JOHN: ¿Qué trajiste?

ATILIO: Este...

JOHN: Lencería...

ATILIO: ¡No, bruto!

JOHN: ¡Cuánto misterio!

Atilio saca de entre sus ropas, un libro usado de tapas oscuras.

JOHN: ¿Un libro?

ATILIO: Sí.

JOHN: Vos no tenés remedio.

ATILIO: No es un libro cualquiera.

JOHN: La Biblia.

ATILIO: No.

JOHN: Me dejás más tranquilo, porque vos sos capaz.

ATILIO: Es una antología.

JOHN: ¿Antología?

ATILIO: Sí, de poesía.

JOHN: ¿Y para qué te sirve la poesía?

ATILIO: Sos una bestia. ¿Para qué sirve la poesía? ¡Cuántas veces te lo expliqué!
La poesía es...

JOHN: ¿Es qué?

ATILIO: Es... ¡todo! Y con las minas, es infalible.

JOHN: Con las minas que te gustan a vos. Las que me gustan a mí, prefieren coger.

ATILIO: Las mías también. Pero no les gusta el sexo crudo. Y a mí, tampoco.

JOHN: El sexo no es crudo, es sexo. Placer y punto. Vos no me querés hacer caso. Te lo dije mil veces. ¡Largá los versitos! Te ponen la cabeza patas para arriba. Es más simple.

ATILIO: ¿Qué querés decir?

JOHN: Vos conquistás una mujer, la llevas a la cama, gozás, la hacés gozar a ella: eso es todo.

ATILIO: ¿Eso es todo?

JOHN: No le quites mérito. Así de simple, la mitad del mundo no lo sabe hacer. ¿Qué más querés de las minas?

ATILIO: ¿Qué quiero?

JOHN: Sí.

ATILIO: Y... quiero... este...

JOHN: Tomate el tiempo del mundo. Yo lo tengo, y creo que vos también.

Pausa.

JOHN: ¿Qué mirás? ¡Hablá!

ATILIO: Es que...

JOHN: ¿Qué querés de las minas? ¡Explicate de una buena vez!

ATILIO: Una mujer...

JOHN: Sí, de una mujer.

ATILIO: ¡Una mujer..! (*Le señala.*) Viene caminando por una calle perdida, entre hilera de cruces.

JOHN: Cambiá de conversación.

ATILIO: En serio, mirá.

JOHN: (*Mira.*) ¿Es la mía o la tuya?

ATILIO: Yo sin los anteojos, no me veo nada.

JOHN: Te hacés el galán y sos un miope.

ATILIO: ¿Es o no es?

JOHN: Yo de lejos, tampoco veo. Si es la tuya, me voy yo. Pero si es la mía, te vas vos.

ATILIO: ¿No hay lugar para las dos?

JOHN: No. Las mujeres entre ellas se controlan, se inhiben. Se hacen las desentendidas.

ATILIO: Tenés razón. Las veces que delante de la amiga te dicen que no, y cuando están solas agarran viaje. Está bien, la mujer que llega primero manda.

Pausa. Ambos tratando de descifrar cuál es la que llega.

JOHN: Atilio.

ATILIO: Sí.

JOHN: ¿Te gustan las mujeres?

ATILIO: Con locura.

JOHN: ¿Y las entendés?

ATILIO: Imposible. Así tuviera la eternidad por delante.

JOHN: Disimulando... que es la mía.

ATILIO: ¿La tuya?

JOHN: Sí, la misma forma de caminar. Como un junquito, la pelirroja.

ATILIO: Pelirroja no es.

JOHN: Sabé perder y andate.

ATILIO: ¡No! Es la mía.

JOHN: ¿En serio?

ATILIO: Esos pechos los adivino a cien metros.

JOHN: Tenés razón, es la tuya. Siempre perdiendo yo. ¿Te das cuenta por qué no me arreglo?

ATILIO: Me parte el alma, Johnny, pero es así.

JOHN: Somos amigos. Es como si me pasara a mí. Chau.

ATILIO: Te quiero como a un hermano. A veces pienso que si te murieras yo no sabría que hacer.

JOHN: A mí me pasa lo mismo.

John se aleja haciéndose el distraído. Por entre las tumbas viene una morocha de unos treinta años: una mujer criolla, pelo renegrido y grueso como el de una yegua. Alta, intensa: pedigreé bien latino. Atilio, con el libro entre las manos, mira de reojo a la mujer que busca una tumba. Ella limpia la lápida y acomoda

las flores de plástico. Va de polleras. Al agacharse, sus piernas quedan al descubierto. Es verano. Los ojos de Atilio se escapan hacia la profundidad de ese cuerpo. Ella se persigna. Sus pechos, se presienten henchidos de emoción. Es el momento. El gavilán con voz pausada y galante lee.

ATILIO: "Puedo escribir los versos más tristes esta noche
 pensar que no la tengo, sentir que la he perdido" 4

La mujer lo mira.

ATILIO: ¿Molesto?

MUJER: Está bien. Si lo necesita...

ATILIO: (*Hojea y sigue leyendo.*) "Un sauce de cristal, un chopo de agua
 un alto surtidor que el viento arquea,
 un árbol bien plantado más danzante,
 un caminar del río que se curva..." 5

Es una forma de consuelo. Hoy sería nuestro aniversario. ¡Qué dura es la ausencia! ¿No es cierto?

MUJER: Muy dura.

ATILIO: "Pintada, no vacía:
 pintada está mi casa
 del color de las grandes
 pasiones y desgracias" .6

Pausa.

ATILIO: No creo que pueda recuperarme alguna vez. ¿Algún pariente?

MUJER: Sí.

ATILIO: ¿Muy cercano?

MUJER: Sí.

ATILIO: ¿Padre, madre?

MUJER: No, mi marido.

ATILIO: Le acompaño el sentimiento.

MUJER: Gracias.

ATILIO: ¿Y hace mucho que se le fue?

MUJER: Sí. Pero no me acostumbro.

ATILIO: ¿Vio? Es tan intenso el recuerdo y tan lejana la ausencia.

MUJER: ¿Y usted?

ATILIO: En carne viva. Hace seis meses que la perdí.

MUJER: ¿Su mamá?

ATILIO: Mi legítima esposa, la compañera de toda una vida. Y yo morí con ella.

MUJER: No hable así. Hay que continuar viviendo.

ATILIO: ¿Pero cómo? (*La mira detenidamente.*) No sé... pero la encuentro conocida. Disculpe, no quise interrumpir su dolor, cargándola con el mío. Atienda.

La mujer vuelve sobre la tumba y llora en silencio con un enorme pudor. Parece que rezara. Atilio la mira con una súbita curiosidad.

ATILIO: ¿Le molesto si sigo leyendo?

MUJER: No. A lo mejor es un consuelo para los dos.

ATILIO: "Si te postran diez veces, te levantas

otras diez, otras cien, otras quinientas

no han de ser tus caídas tan violentas

ni tampoco, por ley, han de ser tantas. (*Otea a la mujer.*)

Con el hambre genial con que las plantas

asimilan el humus avarientas..." 7

MUJER: Almafuerte.

ATILIO: ¿Lo conoce?

MUJER: Sí, a mi esposo le gustaba.

ATILIO: ¡Qué casualidad! Nos podemos consolar juntos. *(Busca otra página.)* A ver que le parece ésta.

“Peste amoroso tormento
que en mi corazón se ve
sé que lo siento y no sé
la causa porque lo siento” .8 *(Se interrumpe.)*

MUJER: ¿Y?

ATILIO: Estoy perturbado, ¿sabe? Usted me parece conocida.

MUJER: Tengo una rostro común.

ATILIO: No diga eso. Siento... que la he visto en alguna parte. Tiene un parecido a una... pariente mía que vive en Méjico.

La mujer se estremece y se frota los brazos desnudos.

ATILIO: Se levantó fresco.

Atilio se quita el saco y lo pone en los hombros de la mujer.

MUJER: No se moleste.

ATILIO: Por favor, me lo devuelve después. Es la tristeza que a uno lo hiela por dentro. Al caer la noche es peor.

MUJER: Insoportable. Me hielo en la cama.

ATILIO: La cama del viudo es un desierto de dolor.

MUJER: Yo me pongo medias, un ponchito...

ATILIO: ¿Un ponchito?

MUJER: Sí. ¿Por qué?

ATILIO: ¿No nos hemos visto antes? O tal vez...

MUJER: ¿Por qué sonrías?

ATILIO: O tal vez, este encuentro no es casual... ¿No lo toma a mal si le digo algo?

MUJER: Según...

ATILIO: Está bien, déjelo así.

MUJER: Ahora hable.

ATILIO: ¿Qué le parece si a la salida tomamos algo juntos?

MUJER: ¡Sos un hijo de puta, Atilio!

Atilio queda paralizado, con la boca abierta.

MUJER: ¡Un reverendo hijo de puta, como fuiste toda la vida!

Atilio retrocede empujado por el pánico y la sorpresa.

ATILIO: ¿Có... cómo sabe que me llamo Atilio?

MUJER: No te hagás el estúpido.

ATILIO: ¿Nos conocemos?

MUJER: Por supuesto. Recién dijiste que te parecía...

ATILIO: Era una impresión. Uno conoce tanta gente.

MUJER: ¿Ahora venís a hacer levantes al cementerio? Sos el colmo.

ATILIO: ¿Quién es usted?

MUJER: Soy Carmencita, tu esposa.

El pobre Atilio se pone blanco como un papel.

ATILIO: Usted no es mi esposa.

CARMENCITA: ¡Ah, no?

ATILIO: No. ¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí? *(Intenta alejarse.)*

CARMENCITA: Bubby...

ATILIO: ¿Qué dijo?

CARMENCITA: Bubby. Como te llamaban cuando eras chico.

ATILIO: ¿Cómo lo sabe?

CARMENCITA: Me lo dijiste cuando nació Sebastián, el mayor.

ATILIO: Tengo un hijo que se llama Sebastián.

CARMENCITA: Conmigo. Y otro varón y una nena: Elvira.

ATILIO: A usted la mandó mi mujer.

CARMENCITA: No me mandó tu mujer. ¡Soy tu mujer!

ATILIO: Su cuerpo es parecido, pero mi mujer tiene otra cara.

CARMENCITA: ¿Te querés convencer?

ATILIO: No me interesa. Me voy.

CARMENCITA: Cuando eras chico tenías una berruga plantar y te la quemaron.

ATILIO: ¡Oh!

CARMENCITA: Tuviste una novia alemana que te dejó por otro.

ATILIO: ¡Oh!

CARMENCITA: Te gustan las películas de cowboys y le tenías envidia un compañero de la primaria que se disfrazaba de Tarzán.

ATILIO: Carmencita se lo contó. Ella lo sabe y nadie más.

CARMENCITA: Yo soy Carmencita. Atilio, haciendo el amor me decís: "golosa, turríta, potranquita", ¿te acordás?

Atilio cae de rodillas, fulminado por el rayo de la evidencia. Los ojos desorbitados buscan respuesta en la mirada de Carmencita, que tiene los brazos en jarra.

ATILIO: ¿Qué está pasando? ¿Me volví loco? Todo lo que dice es cierto, pero usted no es Carmencita.

CARMENCITA: Sí, lo soy. Soy la misma Carmencita que se acostó con vos por primera vez en el hotel Iberá, el que demolieron para hacer una fábrica de pastas.

ATILIO: ¿Carmencita, por qué no te reconozco? ¿Me volví loco? ¿Tengo demencia senil?

CARMENCITA: Acercate.

ATILIO: No.

CARMENCITA: Acercate, no te voy a hacer nada.

ATILIO: Usted es una bruja.

La mujer suelta una carcajada que hiela la sangre de Atilio.

CARMENCITA: Acercate, dame las manos, tocame la cara.

Atilio con mucho temor extiende sus manos hasta tocar el rostro de la mujer.

ATILIO: ¡Ah!

CARMENCITA: ¿Soy, no soy?

ATILIO: ¡Ah, sí! Sos Carmencita.

CARMENCITA: ¿Viste?

ATILIO: Mis ojos no te reconocen, pero mis manos sí. ¿Qué tienen mis manos, qué tienen?

CARMENCITA: Se acuerdan lo mucho que me has acariciado, Atilio.

ATILIO: ¡No puede ser, me volví loco! Ya sé que te hice sufrir mucho, pero por nuestros hijos te pido, no me internes. No me pongas en un manicomio. Me voy a curar.

CARMENCITA: No hay manera.

ATILIO: Te estás vengando. Si me apoyás, enfrento la enfermedad y me recupero.

CARMENCITA: No va a ser posible.

ATILIO: ¿Por qué no me podés ayudar? ¿Por qué?

Pausa.

CARMENCITA: No estás enfermo, Atilio.

ATILIO: ¡Qué alivio!

CARMENCITA: ¡Estás muerto!

Pausa.

ATILIO: ¡Qué voy a estar muerto! (*Hace cuernitos.*) Nunca me sentí mejor. Cuando te pones rencorosa, Carmencita, sos capaz de decir cualquier cosa.

CARMENCITA: Te digo la verdad: estás muerto. ¿No me crees? Llamá al lancero de tu amigo y preguntale.

ATILIO: ¿Qué amigo?

CARMENCITA: El que anda con vos, Johnny.

ATILIO: Acá no está.

CARMENCITA: No mientas más, llámalo.

Pausa.

ATILIO: Por supuesto. ¡John, John! (*Advierte que está gritando. En voz baja.*) ¡Jooohn!

CARMENCITA: Gritá, total nadie escucha.

ATILIO: (*Desesperado.*) ¡Johnny!

John aparece.

JOHN: ¿Qué pasa, che? Hola, Carmencita.

ATILIO: ¿Cómo sabés que es Carmencita?

JOHN: La conozco de toda la vida.

ATILIO: ¡Ah! Ustedes dos se pusieron de acuerdo. Me quieren joder. ¿No me estarás metiendo los cuernos con este, no? ¿Johnny, sabés lo que dice ésta?

JOHN: ¿Qué?

ATILIO: Que estoy muerto.

JOHN: Y... sí. Estás muerto.

Atilio tambalea.

ATILIO: ¿Cómo... muerto?

CARMENCITA: Muerto. Sin vida. ¿Qué querés inventar, Atilio? Muerto como se muere todo el mundo.

Pálido, trajeado y elegante, el hombre es un muñeco patético. Johnny y Carmencita quieren ayudarlo pero él los rechaza.

ATILIO: Dame whisky. *(Bebe.)* ¿Así que estoy muerto?

JOHN: Efectivamente.

ATILIO: ¿Y así lo decís?

JOHN: ¿Y cómo querés que lo diga?

ATILIO: ¡Flor de amigo! Vos sabés que estoy muerto y no me decís nada.

JOHN: ¿Sabés la veces que te lo dije?

ATILIO: ¿Cuándo?

JOHN: Cientos de veces. Pero vos no querés escuchar, cambiás de conversación, mirás para otro lado. Y seguís, seguís...

Atilio tiene la mirada febril del paranoico. Es un animal duro y peligroso. Empuja a su amigo, que no se defiende.

ATILIO: Vos no sos un amigo, sos un hijo de puta. Vos y esta turra se aprovechan de mí porque estoy enfermo: no sé... un tumor en la cabeza, un aneurisma, un virus.

CARMENCITA: Atilio no armés lío como siempre.

JOHN: Morite de una vez. Ya estoy cansado de tenerte la vela.

ATILIO: ¿Y vos quién te pide algo?

JOHN: Vos. "Que descanse en paz, que descanse en paz". ¿Te dice algo eso? Me lo merezco, che. *(A Carmencita.)* Siempre en la luna.

ATILIO: Vos no hablés de mí. Preocupate por tus cosas.

JOHN: Mis cosas sos vos.

ATILIO: ¿Qué decís?

JOHN: Me tenés harto. ¿No te parece raro la misma ropa, la misma conversación siempre?

ATILIO: ¿Qué?

JOHN: Sí, la conversación de hace un rato, siempre.

ATILIO: Que acá esperaba a una mujer, te lo conté hoy por primera vez. Y el libro se me ocurrió ayer traerlo.

JOHN: ¡Qué novedad! (*Imita la conversación de hace un rato.*) Yo: "¿Las piernas, las tetas...?" Vos: "Sí, las tetas..." Yo: "Las piernas..." Vos: "Eso". En ese momento entornás los ojos. Yo: "Las piernas largas..., derechas..." Golpeo el banco con la mano derecha, para dar sensación de dureza y digo: "¡Así!".

ATILIO: Un momento, señor.

JOHN: ¿Querés otra página? Vos: "Yo tuve una mujer que tenía los ojos del mar." Yo: "Azules". Vos: "No. Eran azules por la tarde, grises los días de lluvia, turquesa en primavera. Era el mar, el mar." ¿No te convencés, no?

"Con el hambre genial con que las plantas

asimilan el humus avarientas

deglutiendo el rencor de las afrentas...

ATILIO: Versos aprende cualquiera.

JOHN: Sobretudo si te los repiten miles de veces. Sos la condena de Sísifo. Cada día llevamos la piedra arriba de la montaña; para dejarla caer y volver a subirla al día siguiente.

ATILIO: Nadie te pide que te quedés. Andate.

JOHN: No puedo.

ATILIO: ¿Por?

JOHN: Despertá, salí de tu niebla de Riachuelo. ¿No te das cuenta? Yo también estoy muerto.

ATILIO: ¡Qué! ¿Vos, también?

JOHN: ¿En que mundo vivís?

ATILIO: Ya no sé.

CARMENCITA: En el mundo de los muertos.

JOHN: Estoy muerto, igual que vos.

CARMENCITA: Murieron juntos.

JOHN: Como nos juramos siendo pibes, en los días de bala y sangre.

CARMENCITA: Pero una muerte menos honrosa.

JOHN: No hablemos de eso.

ATILIO: Sí. Quiero saber la verdad. ¿Cómo morimos?

Pausa.

ATILIO: ¿Me van a decir, o no?

JOHN: Volviendo de una noche de farra. Ibamos en el Ford.

ATILIO: ¡Un auto bárbaro!

JOHN: Pero con problemas de tren delantero y poco agarre. Era madrugada. Ibamos con las dos hermanitas entrerrianas, las negritas que acababan muchas veces. ¿Te acordás?

ATILIO: ¿Cómo hablás así? Está Carmencita.

CARMENCITA: Dejá hablar, caradura, que te las conozco todas.

JOHN: Manejaba yo. Habíamos bebido bastante: champagne, whisky. Entramos rápido en el túnel de Avenida Libertador. Se había roto un caño maestro y corría agua.

ATILIO: Ah, sí. *(Sonríe.)* Agua que golpea un parabrisas. Mujeres que gritan. Baja el agua y el auto se transforma en un avión. Yo miro para abajo y... ¡Río de Janeiro! Siento los tambores, las panderetas: ¡cha-ca-cha-ca! ¡tim-tim! Los

negros y las mulatas bailando, todos de fiesta. Aparecen unos fierros plateados como lanzas. ¡Johnny, Johnny -te grito- es la guerra civil! Nos estamos matando con cuchillos... ¡Si te lo habré contado!

JOHN: No había barreras ni vallas ni advertencias. El auto patina y nos vamos contra las columnas. Volcamos, el Ford queda arrugado como un bandoneón.

ATILIO: Sí, lo soñe un montón de veces.

CARMENCITA: No es un sueño. Así murieron.

ATILIO: ¿En medio de una farra?

JOHN: Sí. A mí me encontraron la petaca a medio llenar y la lencería erótica. A vos, el libro. Fue lo único que nos pudimos traer.

ATILIO: ¿La lencería se la llegaste a poner?

JOHN: No sabés lo que es puesta...

CARMENCITA: Ejem...

ATILIO: ¡Qué vergüenza, Carmencita! ¡Cómo habrás sufrido! Perdoname.

CARMENCITA: No te me acerques. Ni podía salir a la calle.

ATILIO: Lo último que hubiera querido: hacer sufrir a mi familia.

CARMENCITA: Si querías a tu familia, te hubieras hecho jefe de hogar.

ATILIO: Me la hubiera tenido que cortar. ¿Los chicos que dijeron?

CARMENCITA: Les mentí.

ATILIO: ¡Qué alivio!

CARMENCITA: Te inventé una muerte digna.

ATILIO: Te agradezco. No por mí, por ellos.

CARMENCITA: Cuando fueron grandes se enteraron. Les dijo mamá.

ATILIO: Siempre tu vieja en contra mío. No podría mirar a los chicos a la cara.

CARMENCITA: No va a hacer falta: estás muerto.

ATILIO: Dale, repetilo.

Atilio llora en silencio. Sus lágrimas ruedan con lentitud.

CARMENCITA: ¿Llorás?

ATILIO: De alegría. Por escuchar noticias de los chicos. Te lo digo desde la muerte, que alguna experiencia otorga, en la vida como en los naufragios: los niños y las mujeres, primero.

JOHN: El tipo se muere y dice frases célebres.

ATILIO: Vení para acá... amigo.

JOHN: ¿Qué pasa?

ATILIO: No te hagas el desentendido. Te tiraste un lance con mi mujer y todavía tenés cara de aparecer.

JOHN: ¿Yo?

ATILIO: Ella recién lo insinuó.

CARMENCITA: ¿Qué tiene que ver con lo que estábamos hablando?

ATILIO: La dejé pasar. Pero hace un rato dijiste...

CARMENCITA: No hablemos del pasado.

ATILIO: Vos hablaste del pasado.

JOHN: Te crees el centro del mundo. Siempre hay que estar en deuda con vos.

ATILIO: Te quisiste acostar con mi mujer... ¿O te acostaste?

CARMENCITA: No empieces con tus celos enfermizos.

JOHN: ¿Y qué hay? Vos me provocaste: es más blanda que el agua... Sola, triste... ¿vos que hubieras hecho?

ATILIO: La mujer de los amigos es sagrada.

JOHN: Eso es un mito.

ATILIO: No tenés códigos.

JOHN: La leyes fueron hechas para transgredirlas, Atilio. Decime algo sagrado que uno no desee con desesperación.

CARMENCITA: No hablen como si yo fuera un objeto.

JOHN: La vida es complicada, Atilio.

CARMENCITA: Vos me dejabas sola.

JOHN: Si yo hubiese tenido una mujer como Carmencita, hubiera sido mi devoción.

CARMENCITA: Callate, mentiroso.

JOHN: Vos tenías una mujer estupenda. Yo, no..

ATILIO: Muerto y cornudo, y soy el último en enterarme.

Ambos esposos tienen una conversación íntima, que John intenta escuchar con disimulo.

CARMENCITA: No podés reprocharme. Vos eras un mujeriego. ¿Qué te hacía faltar yo? Siempre te apoyé. ¿Por qué salías con mujeres?

Pausa. Atilio duda entre hablar o callarse.

CARMENCITA: Decímelo, por favor.

ATILIO: Yo... yo siempre... pensé que... que una mujer me iba a redimir.

Carmencita estalla de pronto en un ataque de risa incontenible. También John, al escuchar la respuesta de Atilio, ríe a carcajadas.

ATILIO: ¿Qué pasa?

Ellos continúan riendo mientras intentar hablar.

JOHN: Sos un caso. Una mujer... ¿redimirte?

CARMENCITA: Ay, Atilio, sos un chico. *(Mientras se seca las lágrimas.)* ¡Cómo me has hecho reír!

Atilio los mira mientras ellos cesan de reír.

ATILIO: Bueno, ché, son las ideas que uno tiene. Pero yo te quería, Carmencita.

CARMENCITA: Eso no era querer.

ATILIO: Te quería como podía.

JOHN: El tipo siempre con el "te quiero" en la boca.

ATILIO: ¿Qué te metés?

JOHN: No llores más. A vos te recuerdan. Contale que tenés su foto en la mesa de luz. ¡Con todas las que le hiciste! A mí no me viene a ver nadie. No me perdonaron. Soy la maldición de la familia y no lloro como vos.

ATILIO: Respetá la intimidad de un matrimonio. ¡Fuera, fuera! A tu tumba.

JOHN: ¡Desagradecido! Yo te banco siempre, y ahora me sacás el poco de compañía que puedo tener. CARMENCITA: Mandalo a la mierda.

John se va.

CARMENCITA: Sos duro con él.

ATILIO: Te quiso conquistar. ¿O... te conquistó?

CARMENCITA: Vos hacías lo mismo con la mujer de otros.

ATILIO: Estando vivos, Carmencita, no hay otra cosa que el cuerpo. Los niños tienen juguetes, ¿pero los grandes qué tenemos? Caricias, besos, sexo. ¿Que hay más?

CARMENCITA: No entendés la soledad de Johnny. Lo repudian por putaño.

ATILIO: ¡Cómo lo defendés! Saliste con él.

CARMENCITA: Es un chico, igual que vos. Chicos que juegan con mujeres. Que se llenan de ilusiones para consolarse: la piel suave, las formas redondas, el olor de las hembras. Nosotras estamos mejor. Por lo menos tenemos juguetes vivos, que son los hijos.

Pausa.

ATILIO: Así que morí en una joda.

CARMENCITA: Genio y figura hasta la sepultura.

ATILIO: ¿Y las chicas murieron?

CARMENCITA: Por suerte, no. Buenas muchachas.

ATILIO: Las defendés.

CARMENCITA: ¿Por qué no?

ATILIO: Yo estaba de parranda con ellas.

CARMENCITA: No me quitaron nada que no hubiera perdido antes. Los llevaron al Hospital Churruca, ellas estaban en la habitación de al lado. Johnny murió enseguida y vos tardaste unos días.

ATILIO: ¿Estuve conciente?

CARMENCITA: Nunca. Como no ubicaban a los padres y ellas no tenían a nadie acá, les empezamos a llevar cosas. Y al final quedó una amistad. Hicieron rehabilitación y, gracias a Dios, caminan.

ATILIO: ¡Qué suerte!

CARMENCITA: Vienen a la cena de fin de año, a los cumpleaños.

ATILIO: No te jode.

CARMENCITA: ¿Sabés cómo hablábamos de vos?

ATILIO: Con ella salí seis meses, nada más.

CARMENCITA: Pero los últimos. Después hablamos de otras cosas. Se casó.

ATILIO: ¿Y a los chicos que les decías?

CARMENCITA: Que era una prima.

ATILIO: "Es enorme la tristeza que un hombre y una mujer pueden hacerse entre sí".⁹

CARMENCITA: Ya no importa. Uno no puede abrazarse al rencor. Tiene que saber perdonar.

ATILIO: Lo que yo te he querido...

Pausa larga. Trinos de un pájaro despidiendo al sol. Silban las casuarinas.

ATILIO: Carmencita...

CARMENCITA: ¿Sí?

ATILIO: ¿Te das cuenta? Estamos hablando como nunca. Sin reproches.

CARMENCITA: ¿Sí?

ATILIO: Como cuando vivíamos en el departamentito de la calle Defensa. Antes que nacieran los chicos. Me leías poesía, tomando un vinito...

Pausa.

ATILIO: Nada coincidía al final.

CARMENCITA: Era insoportable.

ATILIO: Ahora estás distinta.

CARMENCITA: ¿Sí?

ATILIO: No sé, estás más madura.

CARMENCITA: ¿Sí?

ATILIO: No te hagas la tonta. Vos te das cuenta.

CARMENCITA: Puede ser.

ATILIO: Al final todo era un problema: la menor diferencia, una discusión interminable.

CARMENCITA: Me sentía herida, humillada, insegura.

ATILIO: ¿Insegura? Yo estaba desesperado por vos. Si hacías o no hacías, si mirabas o no mirabas. Estar o no estar con vos era la medida del tiempo.

CARMENCITA: ¡Qué labia tenés! Eso no lo perdiste.

Pausa.

ATILIO: Estás más blanda que el agua.

CARMENCITA: ¿Sí?

ATILIO: Todo coincide.

CARMENCITA: Sí.

ATILIO: Suave, comprensiva...

CARMENCITA: Vos nunca te fijas en mí.

ATILIO: ¿Qué pasa?

CARMENCITA: No te importo.

ATILIO: Empezamos de nuevo.

CARMENCITA: ¡Egoísta!

ATILIO: ¿Ahora qué hice?

CARMENCITA: ¿Cuándo yo te perdoné una? ¿Cuándo me callé algo?

ATILIO: Nunca. Por eso me sorprende.

CARMENCITA: Para qué te querré, me pregunto. Tantos hombres que se me tiraron a los pies y yo me vengo a enganchar con vos. Me ves distinta.

ATILIO: Muy distinta.

CARMENCITA: ¿Por qué será?

ATILIO: No sé.

CARMENCITA: ¡Porque estoy muerta, Atilio! Muerta, igual que vos.

Pausa.

ATILIO: ¿Te moriste?

Atilio explota en un llanto inconsolable.

ATILIO: Te moriste... amor mío.

CARMENCITA: ¿Y qué hay de raro? Se muere todo el mundo.

ATILIO: Yo no quería que te murieras.

Atilio llora con enorme congoja.

ATILIO: ¿Sufriste?

CARMENCITA: Un poco al final. Después, me dormí.

Atilio trata de contener su llanto.

CARMENCITA: Calma, Atilio. Así es la vida. No la vas a cambiar vos.

Pausa larga.

ATILIO: Morir tan jovencita.

CARMENCITA: No, no soy jovencita. Tengo 67 años. Los cumplí en diciembre.

ATILIO: ¿Qué vas a tener 67 años? Mirá que linda estás, que cuerpo tenés.

CARMENCITA: No, Atilio. Soy una vieja. Así quedé en tu recuerdo. Con el cuerpo que te enloquecía y emborrachaba. Me ves como era cuando vos te moriste. Pero pasó mucho tiempo. Tenemos nietos, sos abuelo.

ATILIO: ¿Abuelo?

CARMENCITA: Elvirita tiene uno, Sebastián tres y el menor todavía no se casó.

ATILIO: Entonces... ¿cuándo me morí?

CARMENCITA: Hace más de treinta años.

ATILIO: ¡Treinta años! No puede ser. ¡Johnny, Johnny!

Aparece John visiblemente molesto por el llamado.

JOHN: ¿Qué pasa?

ATILIO: Hace treinta que estamos muertos.

JOHN: Sí, ya sé.

ATILIO: ¡Treinta años!

JOHN: Sí. Treinta años repitiendo la misma escena. Somos un éxito nacional del teatro: treinta años en cartel. Y vos me reprochás que una vez, hace treinta años, confundido, me tiré un lance con tu mujer. ¿Qué amigo va a aguantar treinta años, esperando que mueras de una buena vez? (*Se va molesto.*)

Pausa larga.

ATILIO: Viví equivocado y morí equivocado.

Atilio se tambalea, abrumado quiere recostarse en la tierra.

JOHN: *(Desde lejos.)* Sí, volvé a la tierra, volvé a la madre.

ATILIO: ¿Dónde está mi tumba?

CARMENCITA: Aquí.

Atilio acuesta y suspira profundo.

ATILIO: Estoy tan cansado. La vida es mucho para mi... y no te digo la muerte.

CARMENCITA: No te vayas, no te vayas.

ATILIO: ¿Sabés que viene una calandria todas las tardes a las casuarinas? ¿Te acordás de la poesía?

CARMENCITA: Más o menos.

ATILIO: Decímela... por favor.

CARMENCITA: "De todos los pajaritos

Me quedo con la calandria

Porque bajo de su ceniza

Lleva prendida una brasa;

Ehhh... no me acuerdo. Fue hace tanto tiempo.

Calandria: de ceibo en ceibo... *(Duda.)*

ATILIO: ...Y de barranca en barranca...

CARMENCITA: Sos en el árbol del canto

La tibia copa embrujada,

Y la cantora más linda,

CARMENCITA Y ATILIO: La más islera y más gaucha.

La voz transparente de Carmencita hace volar los versos en el cementerio de Chacarita. A lo lejos acompaña el pájaro.

De todos los pajaritos,

De los que vuelan y cantan
 Sin despreciar a ninguno
 Me quedo con la calandria" . 10

Pausa.

CARMENCITA: ¡Atilio, Atilio!

Atilio descansa en paz.

CARMENCITA: ¡Atilio, despertá! Me costó mucho venir a buscarte. Johnny me convenció.

Carmencita llora ante la tumba de Atilio.

CARMENCITA: No me dejés sola por toda la eternidad. Yo te perdoné. Te cuidé los chicos. Vine a verte, a dejarte flores con mi jubilación chiquita. Te recé a vos, un mujeriego irredento. Te pedí por los nietos. Tuve otros hombres pero vos siempre estuviste en mi corazón. No me abandones otra vez . ¡Atilio, levantate!

Silencio. La calandria y las casuarinas silban.

CARMENCITA: ¡Cómo sos, Atilio, siempre te morís!

Carmencita se arrodilla y besa los labios muertos de Atilio. Y con el beso, lo va levantando como si lo sostuviera con el cielo de su boca.

CARMENCITA: Vení a mi nicho.

Lo sigue levantando a los besos.

ATILIO: ¿Dónde estás?

CARMENCITA: En el sector G, fila 6, nicho 175.

ATILIO: ¿Chiquito?

CARMENCITA: Para mausoleo no estoy. Dormimos de costado.

ATILIO: ¿No estaremos cometiendo un error? Tengo miedo. Mirá que si nos llevamos mal ¡El infierno!

CARMENCITA: Algo habremos aprendido.

ATILIO: Los budistas dicen que con una sola vida no se aprende.

Se van. Parecen dos viejitos ayudándose a cruzar la calle. John los mira alejarse.

JOHN: ¡Atilio, Atilio... Atilio! Contestá, che. No seas rencoroso. ¿Así le pagás a un amigo que te acompañó durante treinta años?

Atilio vuelve hacia él con rostro airado. John retrocede y levanta sus brazos poniéndose en guardia aunque apenas pueda con su alma.

ATILIO: Johnny, ¿por qué yo no me morí de una buena vez?

JOHN: Y... que sé yo. Cada persona es un mundo.

ATILIO: Háblame de frente.

Pausa.

JOHN: Te lo dije muchas veces. Enterrá esa manía de los versitos. Confunden la cabeza, Atilio. La poesía enloquece, te convence que la muerte no puede existir. Parece mentira que toda esta intensidad fuera a terminarse. *(Le toma el rostro.)* ¡Ulises, hermano! No hay Itaca donde llegar. Nadie redime la fatiga. El mundo es un mar de luz y crueldad. Y nosotros barcos encallados... islas solitarias.

Pausa. Atilio se aleja sin saludar.

JOHN: Atilio, ¿me dejás el sepulcro? Dónde estoy yo cuando llueve se inunda todo. ¿Me lo dejás? ¡Gracias, hermano!

Johnny, como si fuera un pordiosero, se acomoda lentamente sobre la tumba. Se levanta el cuello del saco, pega un sorbo a la petaca y se acuesta a descansar para siempre su enorme tristeza de irlandés porteño.

JOHN: Mirá, Atilio, apareció la luna sobre Buenos Aires. *(Canta.)*

Era más blanda que el agua

que el agua blanda

era más fresca que el río

naranja en flor.

(Silba.)

Primero hay que saber sufrir

después amar, después partir

y al fin andar sin pensamiento. [11](#)

Silencio del camposanto, viento suave de las casuarinas. A lo lejos, se alejan Carmencita y Atilio, tomados de la mano, bajo un cielo de verano, como en el tango. [12](#)

-
- 1 Fragmento de "La casada infiel", del poeta español Federico García Lorca.
 - 2 Fragmento de "Menos tu vientre", del poeta español Miguel Hernández.
 - 3 Fragmento de "Canto a los senos", del poeta uruguayo Ildefonso Pereda Valdes.
 - 4 Fragmento de "Poema 20", del poeta chileno Pablo Neruda.
 - 5 Fragmento de "Piedra de sol", del poeta mejicano Octavio Paz.
 - 6 Fragmento de "Canción última", del poeta español Miguel Hernández
 - 7 Fragmento de "Avanti!", del poeta argentino Almafuerte.
 - 8 Fragmento de "Describe los efectos irracionales del amor", de la poetisa mejicana Sor Juana Inés de la Cruz.
 - 9 Fragmento de "Corajes", del poeta argentino Juan Gelman.
 - 10 Fragmento de "Me quedo con la calandria", del poeta argentino Julio Migno.
 - 11 Tango "Naranja en flor", de Virgilio y Homero Expósito.
 - 12 Glosa de Juan Gelman para el tango "Yuyo verde", interpretado por Juan "Tata" Cedrón.

Jorge Huertas. Correo electrónico: jhh2002@hotmail.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Argentina. Diciembre de 2002

-

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

www.celcit.org.ar